

ANA Y SU SUEÑO

Lic. Marina Straschnoy

Ana no puede dormir. Yo creo que es porque no puede soñar. No le molesta, no se cansa, no lo necesita. Ana hace. Hace de manera muy estructurada, la cama prolijamente tendida, un organigrama con las comidas de cada día de la semana, comienza un libro y, le guste o no, tiene que terminar de leerlo. A Ana le gusta el control. Y por eso ama los números. Estudió licenciatura en matemática y actuaria en la UBA. De ninguna manera, educación privada. No señor. Eso no concuerda con su ideología. A Ana le gustan los guardapolvos blancos y la responsabilidad. La limpieza y el orden. Sabe el tiempo exacto en el que pasa la aspiradora por su casa, los minutos en los que se traslada caminando, los horarios de su vida. Ana nunca llegó ni un minuto tarde a terapia. Para Ana son incomprensibles las impuntualidades, las fiacas, las dificultades. El cuerpo de Ana la acompaña. Son una y la misma cosa. Se enteró que estaba embarazada por apenas un par de horas de atraso. ¡Imposible pensar que su menstruación se hubiera podido retrasar de la mañana al mediodía! No, su cuerpo no hace eso. Es milimétrico, como ella. Ana y su cuerpo se funden en su coherencia.

A Ana no le gusta el descontrol, no le gustan las fantasías, no le gusta perderse en sus pensamientos, ni en su mente, ni en las calles. Eso es peligroso. Y menos que menos, le gusta soñar. Soñar, para Ana, es tener pesadillas. Solamente. Parecidas. Casi, casi repetitivas. Y como Ana resuelve haciendo,

dejó de dormir. Entre 3 y 5 horas por noche, desde hace años, le son suficientes. ¿Para que más? Ana me lo pregunta en serio, sorprendida. Con eso alcanza. Dormir es perder tiempo. Cuando alguien duerme no trabaja, no cocina, no avanza con sus diversas responsabilidades. Es su marido quien se asusta. Yo también. Ana, no. Ana prefiere funcionar parecido a un robot. Le tiene miedo a lo desconocido, a lo que no controla, a lo que escapa de sus reglas. Sus reglas fuertes, consistentes, omnipotentes.

Ana vivió algo que pocos, casi nadie, sabe. Estuvo en Cromagnon y sobrevivió. Muchos otros, no. Su amiga, tampoco. Ana, en contra de su voluntad y aferrada a la vida, en la avalancha humana, pisó gente. Pánico, muerte y dolor. Ana no quiere, no puede pensar en esto. Las pesadillas son pisotones. Son sensaciones de pisadas. Pisadas asesinas. Son terror. Son trauma. Y Ana se defiende. Se defiende mediante la renuncia. Ana achica su mundo intentando que el terror no la encuentre. Ana se aleja de las fantasías, parapeta las calles, escapa de olores y ruidos que la llevan a la escena prohibida. Se mueve por el mundo y por su mente por lugares seguros. Ana le teme, sobre todo, a su inconsciente. Y está dispuesta a pagar las consecuencias. Ana piensa que gana más de lo que pierde. A la inversa, yo pienso que pierde más de lo que gana. Y aquí estamos, trabajando...